

En los esponsales del joven Giselher con la hija del margrave Ruedeger, descritos con tanta gracia en el canto de *Los Niebelungen*, separáronse (*nach gewohnheit*, según costumbre) los dos sexos cuando en la gran sala se preparó la mesa. La señora del margrave quedó sola con los caballeros para cuidar del orden del servicio; mientras que la princesa presidió la mesa de las damas en otra habitación. Más tarde, sin embargo, introdujose también en Alemania la moda francesa, según la cual hombres y mujeres sentábanse á la mesa por parejas. La conversación era franca y alegre durante la comida; pero las chanzas y bromas pecaban á menudo de groseras, y hasta de obscenas, hasta el punto de que nuestras damas de hoy día no hubieran podido escucharlas sin avergonzarse. La verdad es que nuestros antecesores, á pesar de todas las delicadezas del «servicio amoroso», eran gente ruda, que no se pagaba de tales pequeñeces, consideradas naturales, y que sin pararse á escoger mucho sus palabras, daba francamente á cada cosa su verdadero nombre. De los siglos XII, XIII y XIV hemos heredado gran número de chistosas poesías cortesanas, algunas de las cuales, de bastante valor literario, demuestran claramente que nuestros antepasados preferían para su conversación un terreno rechazado por la buena sociedad moderna, es decir, aquel en que se dicen las cosas claras, sin disfrazar su doble sentido. No debemos perder tampoco de vista respecto á las relaciones de ambos sexos, que las «señoras caballerescas» románticas fueron en realidad durante toda la Edad media, según la ley, las servidoras obedientes de sus padres y esposos, que las hacían reconocer á menudo su superioridad de un modo brutal. Dicese que hasta Sigifredo, modelo de todos los héroes, no vacilaba en castigar á su «sublime» señora Kriemhilda, y que una vez la dió de palos por haber ocasionado un escándalo con sus chismes. «Mucho me arrepentí, dice la princesa al malicioso Hagen, del mal que hice á Brunequilda, tanto más cuanto que mi señor me apaleó bastante por ser charlatana.»

Durante la comida se admitía á los juglares para que lucieran su habilidad: el célebre código de la Edad media, el «*Sachsenspiegel*» (Espejo de los sajones) nos explica lo que todos comprendían bajo el nombre de juglar: *pfifer* (flautistas), *puker* (timbaleros), *violeler* (violinistas), *singer* (cantores), *springer* (saltarines), *koukeler* (titiriteros), *leser* (recitadores), *scherer* (tundidores), *beder* (barberos) y en general toda la gente ambulante, embaucadores y curanderos. Al cerrar la noche las damas iban á la capilla del castillo para oír el canto de vísperas, y después reuníase la sociedad otra vez en el salón para entretenerse en toda clase de juegos (*spiel*), pues la palabra *spil* significaba entonces diversiones ó pasatiempos en general. Los caballeros de edad se recreaban con el juego de dados (*wurfzabel*) ó con el ajedrez (*schachzabel*), procurando vaciar entre tanto los toneles de vino del anfitrión. Las señoras ancianas, sentadas en los nichos (*lauben*) que había en las paredes, de más de una braza de profundidad, charlaban sobre asuntos más ó menos románticos. Los jóvenes se divertían con «juegos de sociedad», de los cuales, así como los de la infancia, se contaban ya una infinidad; de modo que la mayor parte de los que aún hoy se usan se inventaron por nuestros antepasados. También distraían su ocio con la música y el canto (entonces se tocaba el laúd y se cantaba á coro) ó bien se entregaban al recreo más grato para la juventud, al baile. La cortesía palaciega conocía dos clases principales de bailes, la verdadera «danza» y el «reihen»; aquella era un movimiento acompasado ó sostenido, y esta consistía en saltar. En la «danza» el

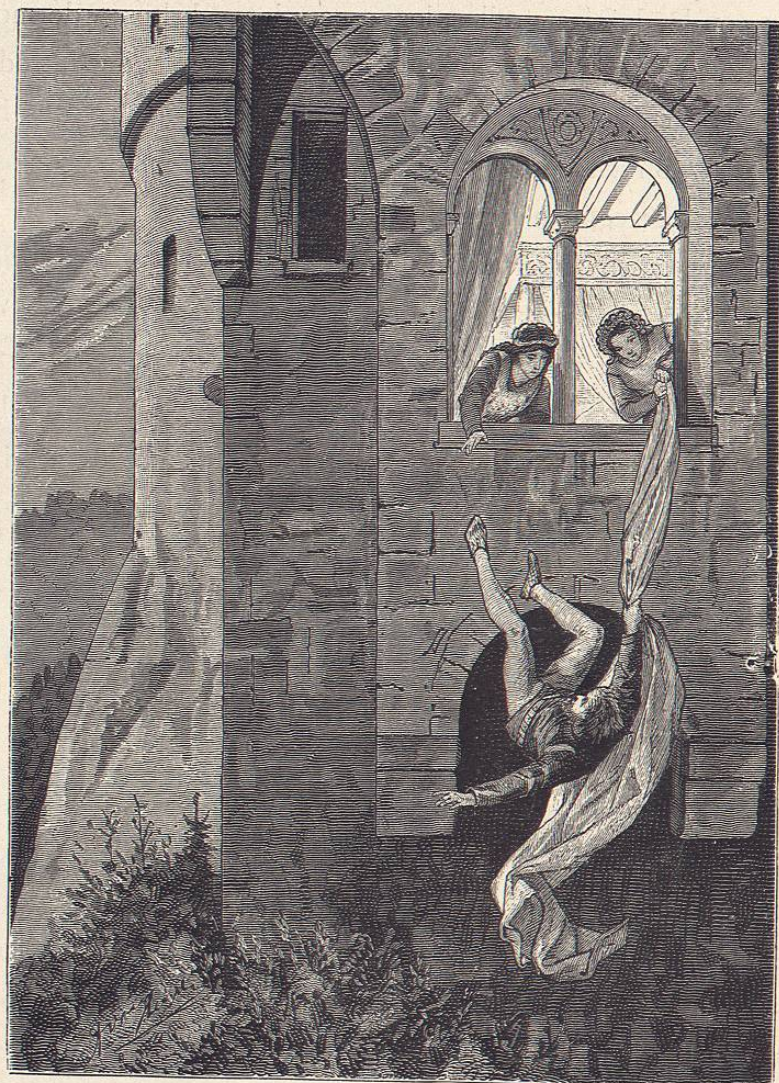
caballero cogía de la mano á una ó dos damas y paseábalas por la sala arrastrando los pies; algunos instrumentos de cuerda y ciertos cantos que entonaban el primer bailarín ó bailarina servían para marcar el compás. Esta manera tan decente de bailar tenía un carácter más solemne en las danzas con antorchas que solían ejecutarse en los casamientos de príncipes. El «reihen» se bailaba dando grandes saltos, y de consiguiente no podía ser gracioso, pues tanto los hombres como las mujeres procuraban elevarse á porfía, con una extravagancia que podía competir con la de «las grullas, los osos y los cabritos;» de modo que, como era natural, de esta danza nacieron aquellos indecentes é impúdicos bailes introducidos en la época de la reforma, según después veremos. Antes de separarse los concurrentes, hartos ya de diversiones, para irse á dormir, ofrecíanles el *schlaftrunk* (el trago ántes de acostarse), compuesto de vino solo, y con el cual se comían frutas frescas y confitadas.

Las bodas palaciegas daban lugar naturalmente á las fiestas más brillantes del mundo caballeresco romántico; y aquí observaremos de paso dos cosas: la primera es que las niñas de catorce á quince años se tenían ya por casaderas, contándose algunas cortes de príncipes en que las novias no pasaban de doce años; y la segunda que el casamiento eclesiástico sólo tenía una importancia secundaria. Enrique de Freiberg, que continuó los escritos de Tristan de Godofredo, describe minuciosamente los desposorios en una corte del siglo XIII, en aquel pasaje donde refiere cómo Tristan se casa con la joven duquesa de Arundel, Isolda Weisschand (mano blanca). En el *palas* del castillo ducal está preparada la mesa del banquete, y después de ofrecer primero á la novia, y luego á los huéspedes según su categoría, el agua para lavarse las manos, dáse principio á la comida, que se sirve en platos preciosos, bebiéndose el vino en copas de oro.

Terminado el festín se trasforma el comedor en sala de baile, pues las mesas se ponen á un lado, y los músicos comienzan á tocar sus violines. Tristan coge á Isolda de la mano para bailar con ella; imítanle los caballeros y las damas, y todos avanzan acompasadamente, sin levantar los pies del suelo, pues las largas colas (*swaenze, swaenzelein*, colitas) de los vestidos de las señoras impiden un movimiento más rápido. Después, cuando las parejas bailan alegremente, entra en la sala un obispo que viste su traje de ceremonia; interrumpe la danza; los concurrentes forman un círculo, en cuyo centro se coloca la novia, asida de las manos de su padre y de su hermano; el novio se pone junto á ellos; pronúnciase el voto de fidelidad, se cambian los anillos y el obispo entrega la doncella á su futuro como legítima esposa, recibéndole esta como marido (*gaf Isoten die maget im ze rehter ê und gaf in ir*). Después se encienden las velas y comienzan á circular las copas de vino; pero pronto se avisa al novio que es tiempo de dirigirse á la cámara nupcial, y cuando ya está en el lecho, la madre, acompañada de todo un séquito de damas, le lleva la novia; deposítala en brazos del novio; dáles la bendición, haciendo coro las demás mujeres, y el matrimonio se considera consumado «tan luego como una misma colcha cubre á la pareja.»

El pasatiempo más noble en la vida de los castillos se debió sin duda al interés que el extraordinario desarrollo de nuestra literatura poética, bajo los Federicos de Hohenstaufen, despertó en la sociedad caballeresca romántica, donde quiera que esta se inspiraba en cosas elevadas. Junto al trono de los Hohenstaufen, el retoño extranjero del romanticismo creció

rápida, formando al fin un árbol del que brotaban magníficas flores. El dialecto de la patria de los emperadores suabos, el que se habla en el centro de la parte superior del país, fué durante tres siglos la lengua escrita de Alemania. En las cortes de los landgraves de Turingia, de los margraves de Brandeburgo, y de los duques de Austria, de la casa de Babenberg, la poesía cortesana tenía sus centros favoritos; pero entre todos prefería la bella Marca Orien-



AVENTURA DE ULRICO DE LICHTENSTEIN

tal (Austria), á orillas del Danubio, con sus hermosos campos y su alegre vida alemana. El *minne* (amor, del alemán antiguo de la parte superior del país *meinan*, recordar, opinar, amar) en su doble manifestación como amor de Dios y amor profano, constituía el alma de la poesía romántica de nuestra Edad media. La época en que floreció fué sin duda la comprendida desde los años 1150 á 1350, pues entonces se manifestó en producciones líricas, didácticas y épicas. La epopeya buscaba sus asuntos en el extranjero, ocupándose sobre todo en las fábulas romano-bretonas del rey Artus, del Santo Gral, del rey Marke y otros; pero también los tomaba de la patria, recogiendo de nuevo las antiguas tradiciones heroicas nacionales, y aprovechándose asimismo de los conocimientos del antiguo mundo mitológico, adquiridos por conducto de Bizancio y Roma. Sin embargo, todos estos asuntos de naturaleza tan distinta, no sólo se revestían de carácter caballeresco, sino que también se inspiraban en el romanticismo; los

héroes y heroínas griegos y romanos, los reyes y duques germano-paganos, los príncipes y princesas celtas, Dicterico de Verona, Atila y Cárlo-Magno, Eneas y Lavinia, Sigifredo y Kriemhilda, presentábanse todos como caballeros y damas cortesanas de la época de los Hohenstaufen; y todo giraba en torno del amor, de modo que esta literatura está muy bien caracterizada por Wolfram de Eschenbach cuando dice: «El poder del amor vence en los países próximos y en las



ZAPATOS DE PUNTA LARGA Y TRAJE DE CASCABELES

regiones lejanas; el amor vive en la tierra, pero placele mucho servir de compañero en el cielo; en todas partes hay amor ménos en el infierno.» El número de las poesías líricas, didácticas y épicas del género caballeresco romántico era considerable, pero desgraciadamente es muy reducido el número de tradiciones respecto á la personalidad de los poetas; y aún de los más importantes poco ha llegado á saberse, sin contar que las noticias que poseemos son más bien suposiciones que hechos indiscutibles.

Evidentemente nuestros antepasados no juzgaban digno de su atención cuidarse de las condiciones en que vivían los poetas, á quienes al fin y al cabo se igualaba con los «juglares,» pues desde la antigüedad, y aún en la actualidad, la falta principal de nuestro pueblo fué mostrarse frío, desdeñoso, y verdaderamente mísero para con sus pensadores, poetas y artistas, mientras vivían, es decir, cuando más apoyo necesitaban. También redundó en perjuicio de los vates la circunstancia de que la poesía fuese en la época de los Hohenstaufen, por decirlo

así, una moda, pues considerábase como un requisito de la educación y de las buenas costumbres cortesanías saber componer para cierta melodía la letra á fin de cantarla con acompañamiento de la cítara, del arpa ó del violín, ó bien poder inventar con la canción nueva al mismo tiempo una nueva melodía, y por eso encontramos entre nuestros doscientos cantores amorosos, ciudadanos, nobles, prelados, príncipes y reyes. Sin embargo, esta misma afición á la poesía, así propagada, debía rebajar el valor del arte lírico, y de aquí resultó ese carácter de mendigos que adquirieron los trovadores de amor. Nos causa un efecto muy desagradable ver que un hombre tan generoso como lo era Gualtero casi pierde el juicio de alegría cuando el emperador Federico II, cediendo al fin á sus súplicas, le hace donación de un pequeño feudo. Y lo repetiré aquí: la nación alemana no se cuidó nunca de aliviar en lo más mínimo la situación de los hombres de genio; y esto puede aplicarse á todas las épocas. En el siglo XIII, el emperador Federico se mostró siempre extraordinariamente pródigo para con las nulidades humanas, tanto del sexo masculino como del femenino; Gualtero, por el contrario, debió pretender durante mucho tiempo antes de que se le concediera una pequeña propiedad feudal. En el siglo XVIII, por ejemplo, un príncipe alemán señaló á una juglaresa, á quien había hecho venir de París, un sueldo de 30,000 thalers; mientras que Lessing sólo obtuvo 300.

Respecto á las formas de la poesía amorosa, componíanse de *leichen* (del francés *lais*), es decir, sencillos versos pareados; de *reihen* ó melodías de baile; estrofas, sentencias, como, por ejemplo, las que se hallan en la poesía instructiva del «Winsbecke»; y «cantos» compuestos de varias estrofas rimadas. El contenido de esta poesía lírica, cuya expresión más antigua demuestra todavía su origen popular, es nacional alemán, caracterizándose como tal, sobre todo por su ingenuidad en el modo de considerar la naturaleza y por la ternura del sentimiento amoroso. La falta de pensamiento en esta poesía, sin embargo, cansa mucho, y la continua repetición de las mismas imágenes y descripciones es muy monótona. Experimentamos una sensación verdaderamente agradable cuando el franco y positivista Nithart de Reuenthal, alejándonos de esta esfera cortesana, nos conduce entre sus labradores bávaros y austriacos, describiéndonos las travesuras de que son objeto los *toerper*, villanos (de aquí nuestra palabra *toelpel*, zopenco) y las *toerperinnen*, villanas: en este asunto las rígidas formas del canto amoroso nos producen un efecto sumamente cómico. Sólo en uno de nuestros poetas líricos antiguos, en el gran maestro del canto amoroso alemán, estas formas se presentan como la expresión natural de una noble personalidad: este poeta es Gualtero de la Vogelweide, cuya patria se ha creído reconocer en el Tirol, y que vivió y murió bajo los dos grandes Federicos de Hohenstaufen.

Así como una enhiesta cumbre de los Alpes se destaca soberbia sobre las colinas que la circueyan, del mismo modo Gualtero se eleva por su genio y carácter sobre todos los demás trovadores; Gualtero no es sólo un eminente poeta, sino un pensador de rica fantasía, de sentimientos profundos, que conocía perfectamente su época con sus necesidades y dolores. Patriota de corazón, manteníase fiel al emperador y al imperio; vituperaba las miras anárquicas de los príncipes, combatía la corrupción de los sacerdotes y señalaba al papa como un «nuevo Judas». No es difícil formarnos idea de su persona por la descripción que él mismo hace en una de sus poesías. Sentado en una piedra á orillas de un riachuelo, con las piernas cruzadas

y apoyando la barba en la mano, piensa con profunda tristeza en los trastornos de Alemania después de la muerte de Enrique VI, buscando medios para combatir tantos peligros. Este poeta tenía un tono profundo para todo lo que conmovía el corazón humano; compuso la más graciosa de todas las cántigas amorosas (*Unter der linden, Bajo el tilo*); pero también escribió el más sublime himno patriótico alemán que ha conocido la Edad media (*¡ Ir sult sprechen willekomen!*, Debeis dar la bienvenida). Y así como supo ensalzar cual ningún otro poeta á las mujeres alemanas, del mismo modo enseñó á sus compatriotas lo que les convenía. En todo tiempo ocupará un lugar preferente entre los mejores varones de nuestro pueblo; y como poeta lírico alcanzó también un alto rango entre los vates moralistas: por eso se atribuyó á Gualtero el poema instructivo «Bescheidenheit» (es decir, *El Conocimiento*) que se conoce con el título del *Freidank* y que juntamente con las sentencias del Winsbecke, el «Renner» (corcel) de Hugo de Trimberg, el «Welschen Gast» (huésped italiano), de Tomasino Tirkler, y el libro de fábulas «Der Edelstein» (la piedra preciosa), del monje predicador Ulrico Boner, muerto en 1350; figura entre las producciones más excelentes de la didáctica de la Edad media.

En los cantos de los trovadores más antiguos, como los de Kuerenberg y de Dietmar de Aist, reconócese aún, como ya hemos dicho, el origen popular; en los de épocas posteriores y de los últimos tiempos, como son los de Conrado de Wirtzburgo, Reinmar, Frauenlob, Regenbogen y otros, el carácter lírico desaparece del todo, predominando la reflexión. De esos poetas pensadores nació á fines del siglo XIII el poema, ó mejor dicho controversia poética titulada «*Der Saenger Krieg auf der Wartburg*» (la guerra de los trovadores en el Wartburgo), composición llena de artificios, de juegos de palabras y de enigmas. Preténdese que se debió á las plumas de Gualtero de la Vogelweide, de Wolfram de Eschenbach y de los personajes fabulosos Enrique de Ofterdingen y Klingsor, lo cual ha dado lugar á la fábula, según la cual estos vates empeñaron en Wartburgo una controversia poética en que se jugaba la vida. Podemos considerar como último y verdadero trovador al tirolés Oswaldo de Wolkenstein, muerto en 1445, el cual fué al mismo tiempo todo un caballero «errante» ó «andante» cual no se ha visto ninguno otro en Alemania; pues ya á la edad de diez años tomó parte en una cruzada (*leiben reise*) al país de los prusianos, y durante quince anduvo errante, y en busca de aventuras en Polonia, en Rusia, en las regiones del Báltico y del mar del Norte, en Bretaña, en Oriente y hasta Persia. Después de su vuelta, el incansable caballero, no pudiendo soportar su monótona existencia en las montañas del Tirol, emprendió de nuevo los viajes, dirigiéndose como peregrino al Santo Sepulcro y después á Italia. Su vida fué por otros conceptos muy agitada; conoció los contrastes del favor y de la malevolencia de los hombres, de la gloria y de los ultrajes, de la felicidad y de la desgracia; y fué sin duda el primer políglota de la Edad media, pues conocía diez idiomas. Sus poesías parecen la expresión de los últimos suspiros del arte lírico amoroso.

La epopeya cortesana comenzó en la segunda mitad del siglo XII, desarrollándose primero bajo la inspiración de los eclesiásticos. El *pfaff* (esta palabra, que significa sacerdote y se usa hoy como improprio, era en la Edad media un nombre honorífico) Conrado compuso un «Canto de Roldan», el *pfaff* Lamberto un «Canto» de Alejandro; Enrique de Veldeke fijó